

GOYA

Lunes
DE REVOLUCION

6

Abril 27 de 1959

EL SACERDOTE Y EL PROFETA EN EL PENSAMIENTO MODERNO

por
ROBERT C. SMITH



LA TORTURA

por Henri Alleg





CUENTOS

LOS INVISIBLES HILOS
por Josefina Jacobs

SOLDADO SI, PERO DE LA REVOLUCION
por Gerardo Gallegos

R

EL PROXIMO JUEVES 30 DE ABRIL, LUNES DE REVOLUCION PUBLICARA UN NUMERO ESPECIAL DEDICADO A LA CLASE OBRERA

El lunes en la tarde Ir... me despertó. Dos «paras» me ayudaron a ponerme en pie y los cuatro descendimos al próximo piso. Se trataba de la enfermería: una larga pieza con amplios vitrales. Aquí y allá varios lechos de campaña. Una mesa sobrecargada de medicamentos no del todo ordenados. Por el momento no había allí —aparte de nosotros— sino un capitán médico que parecía aguardarnos. Muy joven, delgado, moreno y mal afeitado, con el uniforme ajado y poco limpio. Con acento del sur, me dijo, en tono de salutación: «¿Tiene usted miedo?».

—No. Le contesté.

«No voy a golpearlo ni pienso hacerle daño en lo más mínimo», agregó. Me tendieron sobre uno de los lechos de campaña. Inclinado sobre mí, el capitán me midió la tensión y me auscultó con el estetóscopo. «Podemos continuar», le dijo a Ir...», «sólo está un poco nervioso», agregó. Me sentí molesto porque había descubierto mi emoción a través de los latidos del corazón. Todos aquellos preparativos confirmaban mis sospechas. Se trataba de intentar rendirme, utilizando el «suero de la verdad». Aquellos eran los «métodos científicos» de que había hablado Cha...

Desde el día anterior me esforzaba por reagrupar todos mis recuerdos sobre las lecturas que en relación con los efectos del pentotal tenía hechas. «Si la voluntad del paciente es lo bastante fuerte, no se le puede forzar a que diga lo que no quiere decir». Recordaba esa conclusión y me la repetía para infundirme confianza y calma. De nada servía que tratase de rebelarme, porque me hubiesen atado y se trataba de ahorrar las mayores energías para resistir los efectos de la droga.

Aguardaron un instante al enfermero o a otro médico. Sin duda venía de una operación militar o de una patrulla, porque no se había despojado aún del traje de campaña. Abandonó su ametralladora de mano y el resto de su equipo antes de escuchar las explicaciones del capitán. «Primero, sólo cinco centímetros cúbicos. Hay organismos demasiado sensibles». Pensaba sin duda en la intolerancia de ciertas personas hacia los narcóticos, pero por un momento creí que se refería a la resistencia «psicológica». Decidí darle la impresión de que yo no «resistiría»: era, me imaginaba, la mejor manera de absorber la dosis mínima de «suero de la verdad».

Temblaba de nerviosismo y frío. Tenía el torso desnudo porque no me habían devuelto la camisa, que sin duda alguien había hallado a su gusto. Uno de los «paras» me cubrió con una manta mientras se acercaba al enfermero. Me tomó el brazo derecho, hizo surgir la vena con un trozo de goma elástica y clavó la aguja. Bajo las mantas, deslicé mi mano izquierda, rígida e insensible, en el bolsillo de mi pantalón y la presioné contra mi muslo a través de la tela, esforzándome en pensar que, mientras sintiese aquel contacto, me mantendría en guardia al percatarme de que no se trataba de un sueño. El enfermero sólo empujaba lentamente el émbolo y el líquido debía penetrar gota a gota en mi corriente circulatoria. «Cuente despacio», me invitó el capitán. Conté hasta diez y me detuve intencionalmente, como si me hubiese dormido. Sentía una como creciente hinchazón en la base del cráneo que avanzaba con lentitud hasta el cerebro y me arrastraba hacia el sueño. «Once, doce, trece, continúe», dijo el capitán, dándome ánimos. «Catorce, quince, dieciséis...», continué. Salté de intento dos o tres números y me detuve en el veintiuno. Oí decir al capitán: «Ahora el otro brazo». Bajo las mantas, deslicé lentamente mi mano derecha hacia el bolsillo, siempre pensando que nada ocurriría mientras recibiese su contacto. Pero, pese a todos mis esfuerzos, me dormí.

El capitán me golpeaba suavemente las mejillas. Casi en susurro, con voz amigable, le oí decirme: «Henri Henri. Es Marcel, ¿estás bien?». Abrí los ojos y lentamente, con gran esfuerzo, volví a tomar conciencia de lo que ocurría. La pieza se había oscurecido. Habían pasado las cortinas. Alrededor de mí, sentados sobre los lechos de campaña, algunos «paras» y oficiales —algunos a quienes ya conocía y otros nuevos, invitados sin duda a que presenciasen la «experiencia»— escuchaban en silencio. Vi que el capitán tenía en la mano una hoja de papel, sin duda la lista de preguntas que debía hacerme.

En el tono familiar de quien conversa con un viejo amigo, comenzó por preguntarme: «¿Has trabajado durante mucho tiempo en «Argel Republicano». La pregunta era inofensiva: intentaba infundirme confianza. Me oí responder con una volubilidad extraordinaria: sin el menor temor daba una serie de detalles técnicos sobre la tirada de un periódico. Era como si estuviese ebrio, como si otro estuviese en mi lugar, pero guardaba conciencia suficiente para no olvidar que me hallaba entre mis verdugos y éstos intentaban obligarme a denunciar a mis camaradas. Todo aquello no era, empero, sino una introducción. El capitán susurraba a su ayudante: «Esto va bien: así debe procederse». Me interrumpió en medio de mis profusas explicaciones y me dijo a media voz: «Henri, me han ordenado entrevistarme contigo para hallar a X..., ¿cómo lo haremos?»

Bajo un disfraz amigable se me repetía la misma pregunta que tantas veces habían acompañado con golpes y corrientazos en el «interrogatorio». Mil imágenes me atravesaban la cabeza ebria: me hallaba en la calle en un apartamento, en una plaza y siempre con aquel «Marcel» que me perseguía e importunaba con sus preguntas. Hice un esfuerzo y, levantando las pupilas conseguí retornar a la realidad sólo para volver a caer en la somnolencia. El capitán me sacudió ligeramente para responderle.

«¿Dónde está X...?», me volvió a preguntar. Y reanudamos aquel diálogo absurdo. «Me sorprende que te hayan enviado a verme. No sé dónde está», le respondí.

¿Cuándo él quiere verte, cómo se las arregla?», insistió.

—«El no necesita verme. Yo no tengo nada que hacer con él».

«Si, sin duda, ¿pero si quisiese verte, qué haría?».

—Me dejaría una nota en el buzón, pero no veo la razón de ello.

Me debatía en aquella conversación viscosa, siempre en guardia a pesar de la droga, y listo para escapármeles a aquellos brutos.

«Escucha, tengo un recado para X...», insistió. «Es absolutamente necesario que lo vea. ¿Cómo puedes ponerme en contacto con él?».

—No puedo prometerte nada, y me sorprendería que me diese cita en alguna parte.

«Bueno, pero si por casualidad viniese, ¿cómo podría comunicarme contigo?».

—¿Dónde vives?, le pregunté a mi vez.

«Calle Michaelet 26, tercer piso a la derecha. Pregunta por Marcel».

—Muy bien, no me olvidaré de la dirección.

«No, eso no está bien. Te he dado mi dirección. Dame ahora la tuya».

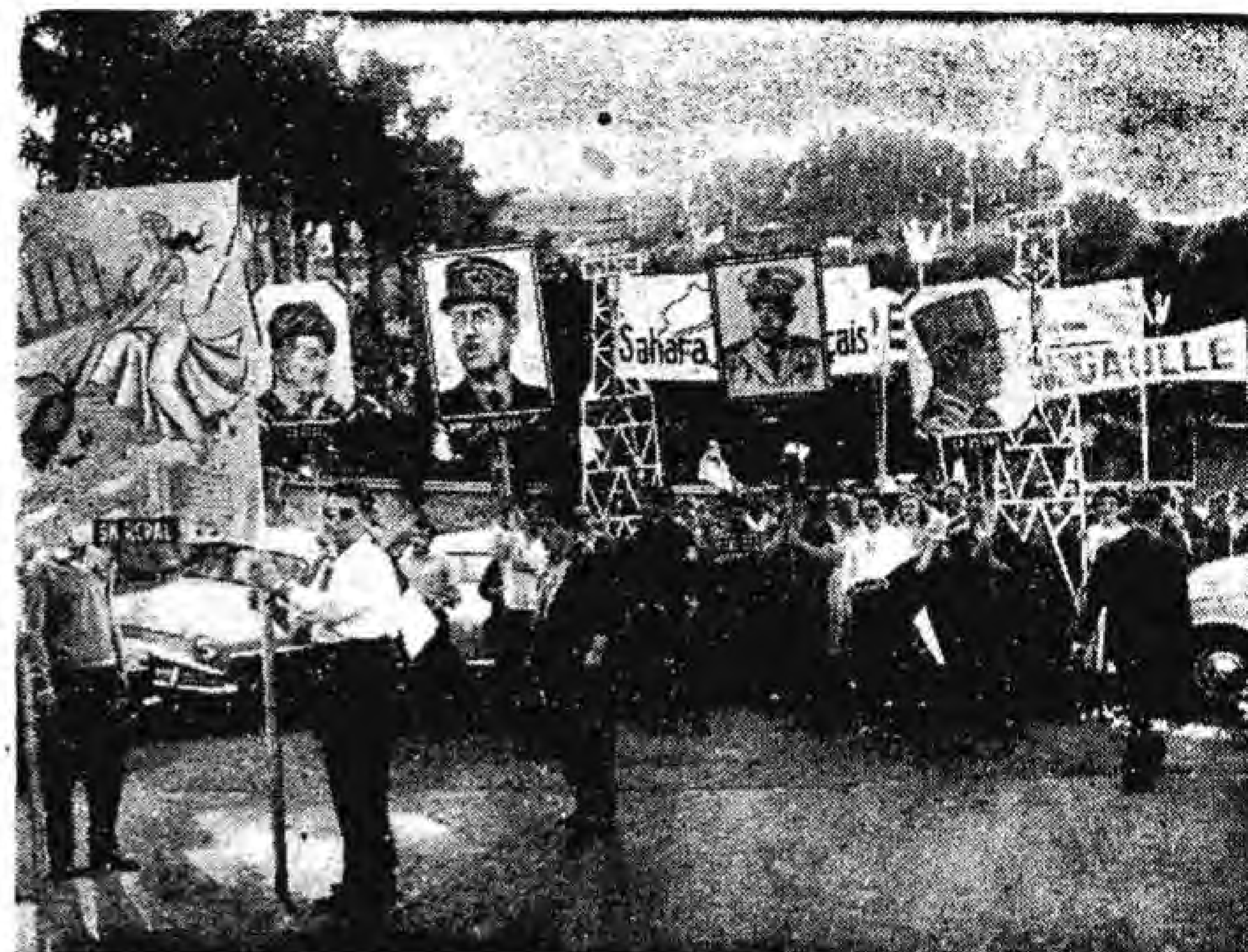
—Bueno, si quieres podemos vernos en el parque de Galland, entre las tres y las seis de la tarde. Ahora me voy, no me conviene exhibirme demasiado por la calle.

«¿Vives cerca del parque de Galland? Dame tu dirección».

Yo estaba agotado y deseaba acabar aquella conversación, de modo que le contesté generosamente: «Ya me estás molestando demasiado. Me voy». «Hasta pronto», respondió.

Esperó un instante, sin duda para estar seguro de que me hallaba dormido y susurró: «No sacaremos más de él». Después, percibí cómo se dirigían todos hacia la puerta, como quien sale de un espectáculo. Uno de ellos, al pasar, abrió el conmutador de la luz y recobré súbitamente la conciencia. Algunos se hallaban cerca de la puerta, otros ya la habían franqueado, mientras unos pocos —entre ellos Cha... e Ir...— permanecían en la pieza y me observaban. Con todas mis fuerzas les grité: «Pueden venir con su magneto cuando les plazca. Los espero y no les temo». El capitán, con una pequeña maleta en la mano, también salía y les hizo señas para que no me respondiesen. Antes de salir le dijo al enfermero, «Puede sentirse aún un poco débil. Dale unos comprimidos».

Antes que los «paras» que me habían llevado allí volviesen a tomarme en brazos para regresar a mi celda, el enfermero limpió mis llagas y cubrió mis heridas con



Una manifestación de colonos pasea en triunfo los retratos de De Gaulle, Soustelle, Massu y Salan por las calles de Argel, mientras clama por más sangre argelina.

vendajes. Después, me ayudaron a regresar a mi celda. Allí, uno de los «paras» sacó dos comprimidos de su bolsillo y me dijo:

«Toma esto». Los tomé con un poco de agua, pero manteniéndolos bajo la lengua. Cuando me dejaron solo, los devolví. Sin duda se trataba de simples aspirinas, pero no lograba aún coordinar mis pensamientos y me sentía en medio de una desconfianza enorme ante cualquier cosa. Me preguntaba si lo que había acabado de sucederme no sería sino el inicio del «tratamiento». Percibí que no me hallaba en mi estado normal: mi corazón y mis sienes latían apresuradamente. Tenía cita con aquel «Marcel» preguntón. Aquella creación del pentotal comenzaba a tener vida propia. Había conseguido eludir sus preguntas, ¿pero podría continuar haciéndolo? Me sentí delirar. Me pellizcaba y me golpeaba para

R



Dos líderes nacionalistas argelinos atrapados por los "paras" aguardan la hora de la prisión y el tormento.

LA TORTURA

por HENRI ALLEG

Traducción de Sergio A. Rigol

estar seguro de que no navegaba en medio de un sueño. Pero no conseguía poner pie firme en la realidad sino para volver a recaer más profundamente en el universo absurdo que la droga había creado en mi mente.

«¡Arriba, nos marchamos!». Eran los dos «paras» que me habían guiado a la enfermería. Debían ser alrededor de las 11 de la noche. Como nos dirigimos a la terraza, me imaginé que se trataba de montar un simulacro de «suicidio» que me tuviese de protagonista. En el estado en que me hallaba, tan inquietante idea no me preocupó en lo absoluto: «Si no he hablado durante las torturas, si conmigo fracasó el «suero de la verdad», es evidente que sólo les queda matarme». Pero continuamos la marcha y fuimos a parar al inmueble contiguo, donde me abrieron la puerta de una celda que ya conocía. La habían limpiado y habían colocado un lecho de campaña con un jergón encima.

Desde que volvieron a abandonarme, las mismas ideas absurdas de hacía un momento, retornaban a mi mente. Me preguntaba si no estaba al borde de la locura. Si continuaban drogándome, ¿sería capaz de continuar resistiendo? Y si el pentotal me obligaba a decir lo que no quería, de nada habría servido mi resistencia al tormento físico. La puerta derecha de la celda —que venía a ser la alacena del edificio— estaba abierta y un rollo de hilo metálico estaba depositado al otro lado. Podía apoderarme de un trozo de hilo y..., pero la idea del suicidio me lució absurda. Creerían que lo había hecho por miedo a hablar. Por otra parte, me preguntaba si tales «facilidades» eran del todo casuales. Recordé la frase del ayudante de M... («Sólo le resta suicidarse»). Cuando decidí no matarme y esperar que lo hiciesen los «paras», me pregunté si no se trataría de miedo a la muerte, pura y simplemente. ¿Morir a mis propias manos no era mucho mejor que hacerlo a manos de mis verdugos? Traté de reflexionar con la mayor calma posible y concluí que, de un modo u otro, no vendrían a buscarme hasta la mañana siguiente por lo menos y que todavía tenía mucno tiempo por delante para decidirme en un sentido o en otro. Percibí que no estaba en estado normal y que necesitaba reposar para poder reflexionar con eficacia.

Me dormí hasta la mañana siguiente. Con la noche habían desaparecido los temores y la fiebre de la víspera. Me sentí alegre y orgulloso por no haber cedido. Estaba seguro de que podría seguir resistiendo si recomenzaban: que me torturasen hasta el fin, no les facilitaría la tarea suicidándome.

Hacia el mediodía me volvieron a llevar a mi antigua celda, aunque sólo por poco tiempo. A la caída de la tarde me retornaron a la «despensa», en la que pasé una segunda noche. Briznas de conversaciones que capté en los corredores me dieron la clave de aquellas idas y venidas. Se esperaba la visita de una «comisión» (luego sabría que se trataba de la Comisión de Salvaguardia, representada por el general Zeller) y no era cosa de que me viesen. Me «camouflaban», pues, en aquel otro edificio, que en teoría no pertenecía al Centro de Selección y se reservaba para alojamiento de tropas y comedor.

Ya me sentía mucho mejor y lograba levantarme y sostenerme en pie. Percibí ante la diferente actitud de los «paras» en relación conmigo, que habían apreciado «deportivamente» mi resistencia. El «para» de gran estatura que pertenecía al equipo de Lo... había cambiado de tono, él inclusive. Un día entró en mi celda y me preguntó: ¿«Fuiste torturado durante la guerra?».

—No, ésta es la primera vez. Le contesté.

«Bien», dijo en tono de conocedor. «Eres todo un Duro».

Esa misma tarde entró otro al que no conocía: un joven de pequeña estatura y con acento norteño, un recién movilizado, sin duda. Me dijo, sonriendo ampliamente: «¿Sabes? Asistí a toda su «fiesta». Mi padre me ha hablado de los comunistas durante la Resistencia. Morían pero no hablaban. Eso está bien». Observé con atención a aquel simpático joven, que podía hablar de sesiones de tortura como si se tratase de «matchs» de boxeo y que podía venir a felicitarme sin la menor reserva, exactamente como la habría hecho con un campeón ciclista. Algunos días más tarde lo volvería a ver, congestionado, desfigurado por el odio, pateando en la escalera a un musulmán que no descendía lo bastante aprisa. Aquel «Centro de Selección» no era sólo un inmenso potro de martirio para los argelinos, sino una verdadera escuela de perversión para los jóvenes franceses.

Un «para», por lo menos, no estaba de acuerdo con lo que allí ocurría. Se trataba de un joven con acento campesino. Abrió un día la puerta de mi celda, hacia las siete de la tarde, cuando no había nadie en el corredor, y me entregó un saco de provisiones: cerezas, chocolate, pan y cigarrillos. Sólo me dijo: «Tome, guarde esto. Excúseme, pero no puedo decirle más», y me estrechó la mano, fuerte y rápidamente, antes de cerrar la puerta. Ir... debió dar órdenes, porque ningún otro volvió a entrar en mi celda como no fuese para sacarme de ella.

Me llevaron a la enfermería en los días siguientes. La primera vez, temí que retornase el pentotal, pero sólo se trataba de curarme las heridas infectadas. Me inyectaron penicilina y me cambiaron los vendajes. De aquellos ciudados no sabía qué concluir: lo cierto era que se interesaban en cuidarme. Se querían volver a torturarme era necesario que no me hallase demasiado débil. Si decidían ejecutarme, necesitaban un cadáver «presentable» a los efectos de la autopsia. A medida que transcurrían los días sin nuevos tormentos, crecía en mí la esperanza de que la opinión pública alertada conseguiría arrancarme de manos de mis verdugos, pero al propio tiempo percibía que más les convenía a ellos afrontar el escándalo de mi muerte que las revelaciones que yo podía hacer mientras viviese. En ello coincidían conmigo, porque un día en que casi no podía moverme se me acercó un «para» y me dijo con ironía: «Lástima que no puedas contar ciertas cosas. Con ellas podría formarse un gran lío».

Ellos trataron todavía de interrogarme. Primero Cha..., De... y otro, desconocido. Me hicieron entrar en la oficina que se encontraba en el primer piso. Me senté frente a ellos, que me plantearon por sentésima vez la misma pregunta, pero esta vez con gentileza.

«¿Dónde pasó usted la noche anterior a su arresto?».

—Ya he contestado a esa pregunta cuando ustedes me torturaron —les dije—. Mi respuesta es que no les contestaré.

Sonrieron sin insistir, después De... me dijo:

«¿El alquiler de su apartamento está a su nombre? Usted puede responder a esta pregunta: si no lo hace, la conserje nos lo dirá. Ya ve usted que no tiene importancia.

—Pregunten a la conserje, si quieren; yo no los ayudaré.

La conversación no había durado más de dos o tres minutos y Cha... me acompañó hasta mi celda.

Algunos días más tarde, recibí la visita del teniente Ma..., ayudante de campo del general M... Comenzó por decirme, sin ironía, que se alegraba de ver que yo iba mejor. Después, muy locuaz, me dió un «digest» del pensamiento político de los oficiales de la pacificación: «no nos iremos», era el leit motif. ¿La miseria de los argelinos? no hay que exagerar demasiado. El conocía un «indígena» que pagaba 80,000 francos al mes. ¿El «colonialismo»?, una palabra inventada por los derrotistas. Sí, había habido injusticias, pero ahora, todo eso ha terminado. ¿Las torturas? no se hace la guerra con niños de coro. La guerra habría terminado hace mucho tiempo, pero los comunistas, los liberales, la prensa «sentimental» amotinaban a la opinión contra los «paras» y les impedía «trabajar». Yo tenía muy pocas ganas de entablar una conversación de esa índole: le dije solamente que afortunadamente Francia tenía otros representantes y otros timbres de gloria; y después, me contestó con responder irónicamente a cada uno de sus lugares comunes colonialistas.

El llegó por fin al objetivo de su visita. Se he hacía una nueva proposición: no se me pedía ya que respondiera a las preguntas planteadas, sino solamente que escribiera lo que yo pensaba de la situación presente y del porvenir de Argelia, y sería puesto en libertad. Evidentemente me negué.

«¿Por qué?, dijo él, ¿tiene usted miedo que nos sirvamos de eso contra usted?

—De entrada, —le dije—. Por otra parte, no tengo intención de colaborar con ustedes. Si lo que mis amigos y yo pensamos del problema argelino les interesa, tomad las colecciones de «Argel Republicano»: ustedes las tienen todas por su periódico el «Bled ocupa nuestros locales.

No insistió y pasando a otro tema, me dijo a quemarropa: «¡Ah! usted sabe, he recibido la visita de su mujer y de un abogado. Me preguntaron si usted estaba vivo. Contesté que usted estaba todavía vivo». Después añadió: «Es verdaderamente una lástima. Tengo simpatía por usted y admiración por su resistencia. Voy a estrecharle la mano, no lo veré acaso más» Su papel cumplido, salió.

La víspera de mi partida para Lodi, un mes después de mi arresto, me llevaron a una oficina del piso inferior. Un capitán de «paras» —boina verde de la Legión Extranjera—, me esperaba: pelado a la brosse, la cara en hoja de cuchillo atravesada por una larga cicatriz, labios delgados y malignos, ojos claros y salientes. Me senté frente a él, que se levantó simultáneamente: de un puñetazo, me hechó por tierra y lanzó al aire mis espejuelos, que me habían sido devueltos: «vas a dejar ese aire insolente que tienes en la jeta», dijo él.

Lo... había entrado y estaba de pie cerca de la ventana. La presencia de ese «especialista» me hizo pensar que la tortura estaba próxima. Pero el capitán se sentó mientras yo me levantaba.

«¿Quieres tú un cigarro? me dijo él, cambiando bruscamente de táctica.

—No, no fumo y le pido que me trate de usted.

No se trataba solamente de «ganar el punto», sino también de saber a dónde él quería llegar: ¿torturas o conversación «amistosa»? Según que él me abofeteara de nuevo o tuviera en cuenta la observación, yo sabría a qué atenerme. Me respondió que eso no tenía importancia y comenzó a tratarme de usted. Le pregunté si podía recoger mis espejuelos: creyó que era para [illegible] de su cara: «puede mirarme, yo soy el capitán Fau... usted sabe, el famoso capitán de las S S. ¿Usted ha oído hablar de mí?». Yo estaba en presencia de Fau..., jefe de los torturadores de la villa S..., particularmente reputado por su ferocidad.

El debía estar lamentando haberse dejado llevar por el odio. Trató de hablar tranquilamente y para tratar de borrar la primera impresión, hizo traer dos botellas de cerveza. Yo bebía lentamente, vigilándolo con el rabo del ojo con el temor de que, un nuevo golpe, me partiera la botella sobre los dientes.

«Ustedes deben tener un bonito archivo sobre mí, eh? qué harían ustedes conmigo si esto cambiara?... pero yo sé medir mis riesgos».

Después, sin transición, comenzó una disertación sobre los escritores, los pintores comunistas o liberales y los intelectuales en general. Hablaba con mucha ignorancia y tal odio que éste transformaba las expresiones de su cara, en otras tantas muecas. Yo lo dejaba hablar, interrumpiéndolo a veces, con el único propósito de ganar tiempo y de reducir así la duración de las torturas, si llegaba a haberlas.

Me planteó las cuestiones habituales, pero sin insistir. Después volvió a la «alta política». Caminaba como un loco a través de la pieza, acercándose por momentos a mí para aullarme una frase en la cara. Deseaba que la guerra se extendiera a Túnez y a Marruecos. Lamentaba que la expedición de Egipto no hubiera desembocado en una conflagración general: «yo hubiera querido que un submarino americano hundiera un buque francés. Hubiera habido guerra con los americanos: por lo menos, las cosas habrían sido más claras!». Yo lo contradecía pero como se hace con un enfermo al que no hay que exitar demasiado. Tuvo en varias ocasiones deseos de pegarme, pero se contuvo hasta que me gritó: «¿Usted no quiere decir nada? Yo, hago hablar a la gente poniéndoles un cuchillo en la garganta por la noche. Yo me encargaré de usted».

Sin duda todos tenían la intención de «encargarse de mí», cuando decidieron enviarme al campo de Lodi, «reserva» de sospechosos que se extraen cuando se juzga útil.

Pero, antes de ese último interrogatorio y ese traslado que no preveía, pude durante un mes, observar el funcionamiento de la fábrica de torturas Desde mi celda, veía por el hueco de la cerradura el corredor, el descanso y algunos escalones de la escalera. A través del tabique delgado me llegaba el ruido de las piezas contiguas.

Durante el día, un ir y venir incesante en la escalera y en el corredor. Paras, solos, o empujando brutalmente ante ellos a «sospechosos» aturdidos. En cada piso —lo supe después— los hacinaban, quince o veinte, en las piezas transformadas en prisiones. Los prisioneros dormían sobre el cemento o compartían entre tres o cuatro unos trapos. Estaban siempre en la oscuridad, pues las cortinas permanecían bajas para que nada pudiera verse desde las casas de enfrente. Durante días, durante semanas, —a veces más de dos meses— esperaban allí el interrogatorio, el traslado al «campo» o a la prisión o aún la tentativa de evasión», es decir, una ráfaga de ametralladora en la espalda.

Dos veces por día, hacia las dos y hacia las siete (cuando no se olvidaban), nos traían galletas de campaña —cinco por la mañana y cinco por la tarde— raramente pan, y unas escudillas de una sopa hecha de todas las sobras de la comida de los señores. Allí encontré un día una colilla otra vez un rótulo y cáscaras de frutas escupidas.

Era un musulmán quien estaba encargado de esta distribución. Antiguo tirador, había pasado a los maquis y había sido hecho prisionero durante un combate. A cambio de la vida, había aceptado servir a los paras. Su nombre era Boula..., pero por burla, éstos lo habían transformado en «Por Francia», y era así como lo llamaban. Lo habían adornado con una gorra azul y armado con un garrote de goma dura, del cual hacía uso en ocasiones para dejarse ver por sus amos. Este deshecho era menospreciado por todos; por los paras tanto como por los prisioneros.

Pero era la noche en la cual el «centro de selección» vivía su verdadera vida. Yo oía los preparativos para la expedición: en el corredor, ruidos de botas, de armas, órdenes de Ir... Después, por el tragaluz, me llegaban otros ruidos. En el patio, ellos introducían



El general Salan, uno de los amotinados de Argelia en mayo del 1958 que más contribuyó a la caída de la IV República.

jeeps y dodges en marcha y arrancaban. Todo permanecía silencioso durante una hora o dos, hasta el momento en que ellos volvían, los automóviles carbados de «sospechosos» detenidos en el curso de la operación. Yo los veía, en el tiempo de un relámpago, cuando pasaban pór mi campo de visión: escalera, descanso y corredor. Gente joven, las más de las veces. Les habían dejado apenas el tiempo de vestirse: algunos estaban tod[illegible]a en piyamas, otros descalzos o en pantuflas. Algunas veces había también mujeres. Ellas estaban presas en el ala derecha del edificio.

El «centro de selección» se llenaba entonces de gritos, de insultos, de risas enormes y malignas. Ir... comenzaba el interrogatorio de un musulmán. El le gritaba: «Reza tu oración entre mí». Yo adivinaba en la pieza vecina a un hombre humillado hasta el fondo del alma, obligado a prosternarse en oración ante el teniente torturador. Después, de golpe, los primeros gritos de los torturados cortaban la noche. El verdadero «trabajo» de Ir..., de Lo..., y de los otros había empezado.

Una noche, en el piso de encima, ellos torturaron a un hombre: un musulmán, bastante viejo, según parecía por el sonido de su voz. Entre los gritos terribles que la tortura le arrancaba, decía agotado: «Viva Francia! Viva Francia!». Sin duda, pensaba calmar así a sus verdugos. Pero los otros continuaron torturándolo y sus risas resonaban en toda la casa.

Cuando no salían en operación, Ir... y los suyos «trabajaban» a los sospechosos ya detenidos. A medianoche o a la una de la mañana, la puerta de una de las piezas-cárceles se abría ruidosamente. La voz de un para aullaba: «¡De pie, cochinos!». Llamaba uno, dos, tres nombres. Los que habían sido llamados sabían lo que les esperaba. Había

SOLDADO SI, PERO DE LA REVOLUCION

por Gerardo Gallegos

Gerardo Gallegos es ecuatoriano. Puso como epígrafe a su historia "Cuentos de los Andes de América" y, sin saberlo, Gallegos inaugura la colaboración latinoamericana a "Lunes De REVOLUCION". Pronto presentaremos a Uds. cuentos, poemas y ensayos de jóvenes autores de nuestra América y de algunos autores no ya tan jóvenes. Gerardo Gallegos es el primer autor que publicamos. Ojalá se mantenga en la lista de nuestros colaboradores.

El hacendado levantó la cabeza y clavó sus ojos garzos y penetrantes en los de su antiguo mayordomo:

—Te agradezco, Manuel, el interés que por mí te estás tomando. Pero este asunto se arregla por si sólo. Cuestión de unos cientos de sucres más.

No, señor —se le encara el capitán Proaño— si fuera cuestión de centavos más o menos, usté hubiera tenido que darme no diez mil sino quince mil sucres de contribución para la Caja de Guerra. Y en vez de requisarle esos dos caballos —dice y señala los mismos en los que los oficiales llegaron cabalgando y que, ahora, piafan amarrados a la estaca— le hubiese quitado los que me hubiese dado la gana. En su hacienda había demasiados y nadie para impedírmelo.

Ocurre que de regreso de la huerta, tras de un inútil registro en busca de revolucionarios escondidos, los oficiales de Veintimilla se detuvieron junto al molle a cuya sombra descansaban el prisionero y los soldados de la escolta. A todos los entretenía Galo haciéndoles el cuento de una hazaña suya en la plaza de toros de Riobamba. Fue entonces cuando Santacruz trató de interceder por la suerte de su antiguo patrón. Pero parece que a éste no le interesa la compasión de nadie.

—De ser así como usté dice, capitán —interviene Salomé— ¿por qué le trata al don Leonardo como si fuera un delincuente?

—Por que lo es. Este señor ha proporcionado acémilas y hasta peones de su hacienda a los revolucionarios de Sarasti. Los ha estado ayudando a transportar los pertrechos de guerra.

—Esa es una mentira y una infamia!— grita y medio se incorpora el general.

—Usté es conservador, amigo de los curas— insiste el oficial.

—Conservador y católico... y a mucha honra! Pero tan amigo de los "curas" como del orden constituido. Y si no que lo diga el señor Santacruz aquí presente. El trabajo a mi lado en Huashanán por más de veinte años.

—Yo sé que usted le está haciendo la oposición al general Veintimilla porque le quitó la gobernación de la provincia.

El gamonal le escucha y se le achica la mirada entre los párpados. Le responde: —Veo que a usté le han contado muchas cosas... ¿Y por casualidad, no le han dicho que donde quiera que yo me siento está la cabecera?

—No me lo han dicho. Pero de lo que usté puede estar seguro es de que ni con todo su dinero ni con todos los mitayos de su hacienda va a conseguir que el coronel Barahona deje impune su complicidad con Sarasti— dice y le vuelve la espalda en actitud de alejarse.

Nuevamente interviene la mujer de Santacruz. Le toma por el brazo al oficial y se aleja unos pasos. Le dice:

—Oigamé una palabrita, capitán Proaño... No se ponga bravo con el don Leonardo.

—El mismo tiene la culpa. Se cree que porque tiene plata todo el mundo es criado suyo.

Al aparte se juntan el teniente Oleas y Santacruz. Y agarrada al poncho del padre la Manuelita. Forman un corrillo. Salomé le cuenta al oficial de la Dictadura de los viejos y entrañables vínculos de afecto que a ella y a su marido los unen con el dueño de Huashanán:

—Figúrese que el don Leonardo y la doña Amelita nos apadrinaron la boda... Cierto que como todo general es soberbio y tiene su mal genio. Pero en el fondo es más bueno y más generoso que nadie... Y, además, ¿por qué, sin razón ninguna, tenerlo de enemigo? La posición de los hombres cambia de la noche a la mañana... Sobre todo en política...

Santacruz refuerza los dichos de su mujer. Confiesa que no hace mucho, por... un mal entendido, el gamonal le trató "más pior" que a los mitayos de su hacienda. Pero no le guarda rencor. Al fin y al cabo, trabajando en su hacienda levantó un capitalito con el que se independizó. Asevera también que es muy cierto que don Leonardo nunca ha prestado ayudado a revolucionarios. Es hombre de orden. Por eso cuando no lo llaman para presidente del Consejo, le piden que sea gobernador. Y no se sabe cuántas veces le han rogado que acepte un Ministerio. Pero el gamonal no quiere "mismo" abandonar sus haciendas, ni aunque le ofrescan la presidencia de la República...

El oficial escucha el discurso de Santacruz y se vuelve a la mujer con una pregunta:

—Señora Salomé: ¿Usté me garantiza que el señor Santander es inocente de las denuncias que me han hecho en su contra?

—Se lo puedo jurar por diosito.

—¿Se atrevería a servirla de garante?

—Cómo no...! Si usté cree que mi garantía tiene algún valor.

—Muchísimo. Si por desgracia resulta lo contrario yo no me cobro con el viejo. Me cobro con usté— y su mirada se hace una caricia en la cara de la mujer.

¿Acepta o no? —urge el capitán.

—Aceptado. Yo estoy segura que usté nada va a tener que cobrarse.

—Quién sabe!— malicia el capitán. Se vuelve al hacendado y con voz que suena indiferente, le dice:

—La señora de Santacruz ha salido garante de su conducta política. Está en libertad y puede irse cuando quiera.

—Pero no sin tomarse antes un vasito de vino con nosotros... Acompañenos, don Leonardo— le invita Salomé.

—Prefiero quedarme aquí conversando un rato más con el Galo— declina la invitación el hacendado.

Salomé pasa la mirada del uno al otro. Hay una luz de comprensión en sus ojos. No insiste. Don Leonardo y Galo se quedan solos a la sombra del molle. Los soldados de la escolta se dirigen a la cocina en busca de unos tamales que, por orden de Salomé, les invita la huasicama.

—¿Por qué no quiso entrar a la sala?— le pregunta Galo.

—No es que le desprecie Salomé. Si no que en el tiempo que dispongo antes de regresar a Huashanán quiero que me acabes de contar que fue lo que hiciste con el dinero que te regalé en la plaza de toros de Riobamba.

—Verá, don Leonardo: la onza de oro que le quité al toro de entre los cuernos la tengo bien guardada en mi baúl. Con lo que usté me regaló y unos cuarenta sucres más que me dio consiguiendo del don Manuel la señora Salomé, me compré un terno de montar; unas polainas de cuero inglés, legítimo, y una caja de balas para mi carabina. Figurese lo que hubiera pasado si los tauras que asaltaron la casa me encuentran desarmado.

—Bien que te portaste, muchacho! Así es como se defiende el techo que a uno le abriga. Pero... —hace una pausa y continúa— ¿qué se te dio para salir en mi defensa? Porque vos a mí, apenas si me conocís del otro día.

—Me dio cólera ver cómo le maltrataban esos soldaditos de Veintimilla. No siempre son valientes. Y ahora que ya paso todo le contaré que yo estaba pensando hacer que usté se fugara. Con mi carabina le hubiese guardado las espaldas Y creame, yo tengo una puntería de primera.

La mirada del hacendado se aquieta sobre ese rostro juvenil que ilumina la luz de unos ojos garzos parecidos a los de su hija Antonieta... y a los suyos propios. El recuerdo de escenas perdidas en la bruma del tiempo, pero nunca olvidadas, golpea en sus pupilas. Su hija Antonieta violada por un mitayo en un barranco del páramo. La pena de muerte para el indio. Y la de abandono al intruso recién nacido. Nunca quiso saber de él. Y cuando en la plaza de toros de Riobamba le oyó apellidarse "Santander", no al muchacho si no a su antiguo mayordomo le cruzó los lomos con el chicote... Ahora, ese nieto espurio y desconocido está a su lado. Ha salido en su defensa como todo un hombre.

Don Leonardo Santander toma entre sus manos frías la mano tibia, carnosa, de fuertes y elásticos tendones de Galo.



Le dice con voz que opaca la emoción:

—Esto quiere decir que estoy en deuda con vos.

—¿Qué deuda...? Yo no hice nada por usté. Intención sí tuve.

—Decirme, ¿qué piensas para el futuro?

—No sé.

—Me han contado que te gusta estudiar. Si es así yo te puedo costear los estudios para que sigas una carrera. Medicina o leyes, por ejemplo. Pero tendría que ser enseguida. Ya vos estás muy grande y no podía perder tiempo.

Galo dobla la cabeza y pone la mirada en el suelo. No contesta. El gamonal continúa:

—Ahora mismo va a terminarse para vos la vida dura, sin porvenir ni aspiraciones. Bajo mi protección vas a gozar de comodidades, como si fueras de mi familia.

—¿Cómo si fuera de su familia...? —pregunta Galo levantando la cabeza.

—Sí... de mi propia familia.

—Entonces... Entonces ¿usté me quiere?— estalla el muchacho con voz que, se hace un grito de júbilo.

Don Leonardo le contesta con un movimiento afirmativo de la cabeza. Una sombra de incontrolada ternura le empaña las pupilas. Galo lo enlaza por el cuello con toda la fuerza de sus brazos. Despacio el gamonal se deshace del abrazo y vuelve al asunto que le interesa:

—Andá a decirle al Manuel que te preste un caballo, y preparate para irnos juntos.

Y con una sonrisa que quiere ser alegre, insiste:

—Para vos ya se acabaron los trabajos de gañán. Lo primero ir a estudiar en un buen colegio de la capital. ¿Qué te parece?

—A mí me gusta el trabajo, y como siempre he sido pobre, la pobreza ni la siento.

La cara del viejo se vuelve un garabato. Trata de escudriñar en los ojos del muchacho. Pero éste ha vuelto a fijarlos en el suelo. Le conmina:

—Explicate más claro, porque no te entiendo.

—Verá, don Leonardo: Aunque de lejos yo siempre he pensado en usté y en doña Amelia. Deseaba verles. Y hasta me figuraba que algún día iría a visitarles en Huashanán... aunque no me hayan llamado.

—Ahora resulta que no sólo te llamo, sino que es como si Dios me hubiese mandado a que te busque, personalmente. Pero parece que no te entusiasma la idea de irte conmigo.

—Qué más quisiera yo que irme con usté a Huashanán! Lo que quiero decirle es que ya pensé en lo que quiero ser.

—¿Y qué es lo que querís ser?

—Militar... Yo quiero ser soldado.

—Magnífico! Me agrada tu decisión. Te voy a hacer ingresar en la Escuela Militar de Quito. Un buen soldado tiene que serlo de carrera.

—Yo...! ¿servirle a ese infame Veintimilla? Nunca...! Imposible! Yo quiero ser soldado, pero soldado de la Revolución!— y las últimas palabras las pronuncia con voz sonora, alta la cabeza, dura y ardiente la mirada.

El dueño de Huashanán le oye y, a su vez, dobla cabeza. Es él el que, ahora humilla la mirada. Mueve la cabeza con un movimiento que no se sabe si es de desengaño, de arrepentimiento o de resignación. Tal vez él mismo no sabría decir qué clase de emoción le embarga el alma. Al rato, como contestándose a sí mismo una secreta interrogación, dice:

—Soldado de la revolución! Si... lo que vos quieras, hijo mío. Nadie te puede decir que no. Ni qué autoridad tengo yo para contrariar tus deseos.

Se ha hecho un silencio. Al cabo, don Leonardo se irgue despacio. Recoge la fusta y le ordena a Galo:

—Andá a buscarme el caballo, que me voy.

El muchacho obedece sin una palabra. Cuando vuelve trayendo la bestia por la brida, ya el viejo gamonal se ha calzado las espuelas. Esta listo para montar.

—Oíme, Galo.

—Diga, don Leonardo.

—Vos lleváis mi apellido. Y lo estás llevando con la dignidad y la valentía de un verdadero Santander. Tal que si fueras de mi propia sangre.

Hace una pausa. Su mirada se carga de recónditos pensamiento. Le pone la mano sobre el hombro y continúa:

—¿No querís irte conmigo? Está bien. No te quito tu derecho. Pero si al-

gún día te encontrafs en un apuro, vení a verme en Huashanán, con toda confianza. Como si fueras a la casa de un pariente.

—Así mismo haré, como usté manda.

—... Porque yo... yo te quiero como si fueras un hijo mío... mi propio nieto— termina con voz en la que se desmoronan viejos orgullos en una tormenta de amargura. Tal vez de remordimiento. Dice y apretando contra su pecho en un último abrazo al nieto espurio, al hijo del delito, pone el pie en el estribo que le sostiene Galo y cabalga. Se va como llegó. Con el ala del sombrero doblada sobre la frente. Pero, ahora, la mirada del dueño de Huashanán ha perdido el brillo de orgullo altanero. Hay una inmensa tristeza en sus ojos.

—A Dios, don Leonardo...! le grita Galo en cariñosa despedida.

En respuesta el gamonal mueve la fusta en alto. Pero no vuelve la cabeza.

—¿De qué se trata?— pregunta Santacru...

—Le preguntaba a su señora —contesta apuradamente el oficial— si nos escondería en su casa si, por desgracia, nos derrotaba el enemigo.

—Y ella ¿qué le contestó?

—Yo le dije —dice Salomé— que nunca van a tener necesidad de que nadie los esconda. Por que ¿quién sería capaz de derrotar a tan valiente oficial?— concluye con la más irónica de sus sonrisas.

—Pero demos el caso: Contestame sí o no— le apremia el oficial apenas Santacruz se aleja con el charol de vasos.

—Eso tiene que preguntárselo a mi marido. ¿No está viendo que él es el jefe de la casa?

—No me friegue la paciencia con tu marido. Vos me entendía bien lo que te quiero decir— se disgusta el oficial.

—Qué, pues, capitán Proaño...!— amenaza con los ojos fijos en la cara de la mujer.

—No le creo, capitán —le contesta ella sin bajar la mirada— porque si es cierto que usté es soldado de Veintimilla, me parece que también es un caballero.

Con el insistente toque de corneta en los oídos salen al corredor y bajan al patio. Adioses! breves y fríos. Ya nadie cree en nadie. Cabalgan y se van. También la escolta monta a caballo. Desfila tras de los oficiales. Parado en el umbral de la casa, Santacruz ve alejarse la tropa gobiernista. Cuando los pierde de vista se vuelve y cierra el portón. Con la palma de la mano se frota las barbas hirsutas. Rezonga para sí mismo:

—Por fin se largó de aquí es'ijué perra!

Sigue a la cocina y se sienta junto a la mesa de comer. Ordena

—Ni apalabriada ni en secreto. Porque lo que dije, lo dije en voz alta... Y vos escuchaste bien.

—Desde que entró hasta que se fue... vos no hiciste otra cosa que estar enseñándole los dientes.

—Si creíste que debía haberme hecho la brava, me hubieras avisado no más.

—Negarme si podéis que en el vano de la puerta del granero te estuviste besando con ese milico desgraciado.

—Mentira!

—Mis ojos no me engañan— vocifera Santacruz y su mano aprieta el puño del chicote.

—Yo no tengo la culpa de que el capitán tan quisiera aprovecharse de que estabamos solos. Pero yo no le permití semejante atrevimiento.

—Prostituta de basura...! Te viá a

Los protagonistas de cuentos y novelas, o son de excepcional belleza o son monstruosos, parece no existir el socorrido termino medio entre los escritores de tipos definidos; mi personaje abruma por su estampa vulgar, tal vez el nunca pensó que lo escogerian para eje central de un cuento.

Ramón Van-Horne y Carlini, era bajito, gordo y medianamente "chusco", nombre que damos por acá, a los que no están bizcos por completo; su padre era descendiente de un marino holandés y su madre, como se ve por el apellido, venia por línea directa de emigrantes italianos. Parece que esos puros origenes se perdieron en la época "en que se amarraban los perros con longaniza", pues Ramón, —Mongo— cuando se reía, se le ponían en torno a la boca sombras obscuras y su pelo, era pelo malo, con toda la maldad que suele encerrar en su doble sentido la frase pero dejemos la cuestión racial pues este relato no va dedicado a Fernando Ortiz.

Mongo, estaba soltero y sin compromiso, bueno es decir, sin compromiso matrimonial pues, por lo demás, estaba comprometido con el barrio entero.

—Mongo, viejito, mira a ver qué le pasa a la luz de la saleta que no enciende.

Y ¿cómo vino el pacífico Ramón Van-Horne y Carlini, a caer en esa "olla de grillos"? Pues muy sencillamente, como suceden las cosas más transcendentales; "paso por mi calle", —porque yo soy Hada Jhonson y García—, en los precisos momentos en que buscábamos quien nos matara una rata que habia entrado en la casa. Mongo, la mató, buscó un muchacho para que la botara, tomó café (nosotras siempre hemos sido muy atentas, con el que nos sirve) y de paso, nos arregló la plancha que tardaba mucho en calentarse. "Aqui hace falta un hombre". Esas palabras eran letanía diaria de mi hermana mayor: y aquella mañana ("qué lindas las mañanas cuando sale el sol") yo me dije, pues el hombre que falta ya lo hemos encontrado y enamoré a Mongo, como enamoran las muchachas decentes, metiéndome por los ojos, cosa que resultó fácil porque sin que yo me diera cuenta, ya me habia metido en su metódico corazón.

Nos casamos un martes trece a las cinco de la mañana, porque ése fue el único día que pudo venir de Alto Songo, mi tío, "el opulento hacendado", Priamo García Madera, "indicado para padrino de la ceremonia) cuando las mujeres más bonitas lucimos más feas pues



LOS INVISIBLES HILOS

—Mongo, la pluma (llave) del pasillo está goteando, ¿tú crees qué le haga falta una zapatilla nueva?

Y Mongo, arreglaba la luz, ponía la zapatilla, cogía la gotera y de contra ayudaba a darle un purgante al gato. Pues Ramón Van-Horne, sabía de todo, para no desdecir en nada a su ilustre prosapia.

Iba al cine los domingos y el jueves a la retreta, el resto de la semana veía programas de televisión; no es que le estemos "chequeando" la vida al hombre, es que necesitamos que los lectores sepán como vive el hombre para que comprendan lo bien que se hallaba con su soltería Ramón.

¡Ah! Pero los hados son adversos para los cuarentones sin cuarentena de amor: y los hados buscaron a Hada Jhonson y García, (a lo mejor parienta de ellos) para impedir al inefable Mongo, el no menos inefable gozo de seguir durmiendo, solito, en su amplísima cama de majagua.

Las Johnson y García, eran unas arpías que peleaban por todo: porque se rompió el inodoro, porque no podían abrir una lata de melocotones, porque "alguien" le arrancó un gajo a la mata de rosa.

siempre los madrugones resultan malos para la piel; Mongo estaba más "chusco" que nunca, los ojos no tuvieron tiempo de ponerse en su sitio y cuando nos cruzamos los anillos se empeñó en ponérmelo en el meñique, tarea imposible pues mi dedo chiquito estaba más gordo que el anular debido, a que la noche anterior, arreglando la casa para la recepción que seguiría al matrimonió, una de mis primas —esas primas viejas que son una salvación en bodas, enfermedades, velorios, nacimientos y bautizos— me lo cogió, sin querer, entre una mesa y la pared.

Yo creo que no está de más que les aclare que Ramón, es feliz pues las Johnson y García, nos hemos convencido que al encontrar el hombre que faltaba, no tenemos "por qué", de la mañana a la noche, tirarnos los trastos a la cabeza.

El día de mi santo, hasta me hizo un poema, que empieza así: "Los invisibles hilos del destino, me llevaron a tí"... Y ustedes saben (qué poca memoria tienen los viejos enamorados) que lo que lo trajo a mi fue una rata "cañera" que, por casamentera, bien merece que la dejemos respetuosamente, en: "mamifero roedor, muy voraz e inteligente".

por
Josefina
Jacobs

Josefina Jacobs vive en Sancti Spiritus y envió este cuento a la revista "Carteles" para la sección "Cuentistas Cubanos". "Lunes de REVOLUCION" aprovechó la coyuntura de su no publicación en esa revista para traerlo a sus páginas. El cuento es breve y esperamos sea del agrado del amable lector. Invitamos por este medio a Josefina para que nos envie cosas suyas.

Talvez no quiere que su nieto, al que cuando recién nacido condenó al desamparo, advierta las profundas arrugas que le arañan la frente.

Alegre rumor de voces. Tintineo de cristales. El dueño de Millojá descorcha las botellas y escancia el vino en los vasos. El capitán Proaño aprovecha las fugaces ausencias o, cuando menos, alguna vuelta de espaldas del chagra Santacruz para acosar a la mujer.

—Te aseguro, Salomé, que, de todos modos, yo vuelvo aquí— la tutea.

—Cómo no! Cuando guste y cuantas veces quiera. Siempre será bien recibido.

—Pero para verte a vos solita.

—Eso sí que no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Porque cuando no está mi marido aqui no entran pantalones... ¿No es cierto, Manuel?— agrega dirigiéndose al marido que se acerca con el charol de vasos.

¿No mismo le cae en gracia mi marido a pesar de lo bien que se ha portado?

Y Salomé rompe a reir con una risa nerviosa que se hace larga, interminable. En esa risa descarga la aguda tensión de sus nervios al máximo durante toda la mañana. Su risa se hace contagiosa. Ríen los oficiales. Ríe su marido. Sólo cuando vuelve al sociego el capitán Proaño se la encara:

—Bromista ha sido usté... Ya me estoy dando cuenta. Pero tenga cuidado, porque de mi no se burla nadie!

Salomé pone más alta la cabeza. Cuando va a contestarle, un cercano toque de corneta corta la situación.

—Mi capitán —se les acerca el teniente Oleas— ese toque es llamada de oficiales. Seguro que ya salió la vanguardia.

—Sí. Y vámonos pronto. Porque si demoro un poco más no respondo de mí, y puede que cometa una barbaridad—

—Salomé, servime el almuerzo que tengo que salir para el páramo... Teniendo tanto qué hacer, toditica la mañana se me ha ido en estas p...!— suelta una cruda interjección.

La mujer le sirve y el hombre comienza a comer sin una palabra. Manuelita, sentada a su lado, observa el entrecejo arrugado del padre y calla. En un silencio ominoso que sólo interrumpe el ruido de la vajilla termina el almuerzo. Santacruz se levanta, se arregla las polainas, se calza las espuelas, requiere el chicote y sale con dirección al portón.

—Decí siquiera "hasta luego"— le recrima la mujer.

Santacruz se vuelve y la mide de alto a bajo. Una mueca de sarcasmo le cuelga del ángulo de la boca:

—Y vos, decime ¿ya quedaste apalabriada para volver a verte en secreto con el capitán Proaño?

enseñar a portarte como una mujer decente!— hace ademán de levantar el chicote.

—No, por Dios, papacito!— le sujeta Manuelita por la manga.

La mujer no se mueve de su sitio. Le flagela con el frío látigo de su mirada.

—Mirenló no más. Tan valiente, ahora! Cuando viste que le estaban besando a tu mujer por qué no hiciste uso del chicote?

—Yo era uno solo contra diez.

—Ajá! Con que vos, siendo hombre, no pudiste enfrentarte con el oficial, en cambio querías que yo le entrara a chirlazos... Callaraste, más bien, si no querías que te cante las verdades!

Santacruz la mira de hito en hito. Luego, sin parar atención en la mueca despectiva que pintada en la cada de la mujer, vuelve las espaldas y se va.



Los Fusilamientos del Dos de Mayo



No saben el Camino. *(Tomado de* "Los Desastres de la Guerra")



La División de la Plaza (Tomado de la Tauromaquia).

G O Y A

Don Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828) es el más notable pintor español de todos los tiempos. Su obra, dividida en dos períodos, ha influido toda la pintura europea de los siglos XIX y XX. Delacroix coleccionó sus grabados y los imitó en la colección de Fausto; *la* Olympia *de Manet debe mucho a la* Maja Desnuda. *Y así muchos otros artistas han buscado en Goya inspiración y nuevos caminos que viajar.*

El primer Goya era un pintor académico, profundamente enraizado en la pintura francesa e italiana del siglo XVIII. El segundo Goya es el pintor genuinamente español y original que apreciamos en "Los Fusilamientos del Dos de Mayo", *los* "Caprichos", "Los Desastres de la Guerra". *Es curioso que este nuevo Goya se produzca después de su enfermedad, cuando quedó sordo. Tal vez en su propio sufrimiento encontró el impulso para su obra.*

Goya además representa uno de los raros casos de un arte profundamente revolucionario y político. A través de sus cuadros y sus grabados protestó contra las barbaridades de la invasión francesa en España. Y no sólo eso. Su arte es profundamente nacional, español si algo puede ser genuinamente español.



"Ni así se distingue". (Tomado de los Caprichos).

siempre un largo silencio y el otro se veía siempre obligado a repetir los nombres por segunda vez, lo que lo ponía furioso: «¡Qué imbéciles son!». No pueden responder «presente», no? Quienes habían sido llamados se levantaban entonces y yo escuchaba los golpes que los seguían mientras el para los empujaba ante él.

Una noche Ir... lanzó a sus hombres de un solo golpe al asalto de todos los cuartos. Empuñando las matracas, se abalanzaron en los «dormitorios». «De pie». La puerta de mi celda, violentamente abierta, golpeó la pared y recibí una patada en los riñones: «De pie». Me levanté, pero Ir..., que pasaba por el corredor, me vió y dijo: «Ese no», y tiró él mismo la puerta. Me volví a acostar sobre mi camastro, mientras que una enorme confusión de ruidos de botas, de golpes, de quejas angustiadas llenaba los pisos.

Por la mañana y por la noche, cuando Boula... entreabría la puerta para pasarme mis «comidas» o cuando yo iba al baño, me acontecía cruzarme en el corredor con los prisioneros musulmanes, que volvían a su prisión colectiva o a sus celdas. Algunos me conocían por haberme visto en manifestaciones organizadas por el periódico; otros no sabían sino mi nombre. Yo siempre estaba con el torso desnudo, todavía marcado por los golpes recibidos, el pecho y las manos cubiertos de vendajes. Ellos comprendían que, como ellos, yo había sido torturado y me saludaban al pasar: «Coraje hermano». Y en sus ojos, yo leía una solidaridad, una amistad, una confianza tan totales, que me sentía orgulloso, precisamente porque soy un europeo, de tener un lugar entre ellos.

Así viví, durante un mes, con el pensamiento siempre presente de la muerte próxima. A la noche, al amanecer, Mi sueño todavía estaba perturbado por pesadillas y sacudimientos nerviosos que me despertaban en un sobresalto.

No me sorprendí cuando, una noche, Cha... entró en mi celda. Debían ser cerca de las diez. Yo estaba de pie, cerca del tragaluz, y miraba hacia el bulevar Clemenceau, por el que circulaban todavía algunos raros vehículos. Me dijo tan solo:

«Prepárate, no vamos lejos».

Me puso mi traje sucio y arrugado. En el corredor, oí que decía: «Preparen también a Audin y Eadjadj; pero los llevaremos separadamente». Yo había hecho ya diez veces el balance de esta vida que yo creía terminada. Una vez aún pensé en Gilberta, en todos los que amaba, a su atroz dolor. Pero estaba exaltado por el combate que había librado sin decaer, por la idea de que moriría como siempre había deseado morir, fiel a mi ideal, a mis compañeros de lucha.

En el patio, un auto arrancó, se alejó Poco después, del lado de la villa de los Olivos, sentí una larga ráfaga de ametralladora. Pensé: «Audin».

Esperé ante la ventana para respirar el aire de la noche y ver las luces de la ciudad, el más largo tiempo posible. Pero los minutos, las horas, pasaron y Char... no volvió a buscarme.

He terminado mi relato. Nunca he escrito más penosamente. Acaso todo esto está aún demasiado fresco en mi memoria. Acaso es también la idea de que, habiéndome pasado a mí, esa pesadilla la viven otros en el momento mismo en que escribo, y que así será mientras esta guerra odiosa no termine. Pero hacía falta que yo dijera cuanto sé. Se lo debo a Audin «desaparecido», a todos aquellos que son humillados, torturados y que continúan la lucha con coraje. Se lo debo a todos los que, cada día, mueren por la libertad de su país.

He escrito estas líneas, cuatro meses después de haber pasado por los paras, en la célula 72 de la prisión civil de Argel.

Hace apenas algunos días, la sangre de tres jóvenes argelinos ha cubierto, en el patio de la prisión, la del argelino Ferdinand Yveton. En el inmenso grito de dolor que brotó de todas las celdas el momento en que el verdugo vino a buscar a los condenados, como en el silencio absoluto, solemne, que le sucedió, vibraba el alma de Argelia. Llovía y las gotas se pegaban, brillantes en la oscuridad, a los barrotes de mi celda. Todas las compuertas habían sido cerradas por los guardianes, pero oímos antes de que lo amordazaran, a uno de los condenados gritar: «Tahia El Djezair», «Viva Argelia». Y con una sola voz, en el momento mismo sin duda en que el primero de los tres montaba en el patíbulo, brotó de la prisión de las mujeres la canción de los combatientes argelinos:

«De nuestras montañas
La voz de los hombres libres se ha alzado
Clama la independencia
de la Patria.
Te doy todo lo que amo
Te doy mi vida,
Oh mi país, Oh mi país».

Todo esto yo debía decirlo para los franceses que deseen leerme. Es menester que ellos sepan que los argelinos no confunden a sus torturadores con el gran pueblo de Francia, al lado del cual tanto han aprendido y cuya amistad les es tan cara.

Es necesario, sin embargo, que ellos sepan lo que aquí se hace en su nombre.

Argel, noviembre de 1957.

FIN

El Sacerdote y el Profeta en el Pensamiento Moderno

R

INTRODUCCION A KIERKEGAARD

por Robert C. Smith



Federico Guillermo Hegel

Hasta hace aproximadamente unos veinte años fué costumbre entre los historiadores de la filosofía el considerar a Soren Kierkegaard tan solo como una figura secundaria de la reacción contra el panlogismo hegeliano, eclipsado por los Jacobi, Schelling, Shopenhauer y Feuerbach. A raíz de la popularización alge teatral de Montparnasse ha surgido un nuevo interés en su obra y es considerado hoy día como el "pater familias" de la grey existencialista y un escritor tan conservador como Etienne Gilson ve en él "la reacción de la existencia en contra de la esencia".

Estas opiniones son sin duda respetables y verdaderas en su propia dimensión, pero encontramos a esta dimensión un poco estrecha e insuficiente. Encierra una miopia tanto histórica como teológica, que no nos permite quedar en este plano de superficialidad. Digo miopia histórica, porque las filosofías representan funciones más alla de la simple exposición de sus doctrinas, funciones "reactivas" que influyen al "weltbild" de una determinada cultura. Digo miopia teológica, porque no reconoce la dependencia esencial de la filosofía del siglo XIX con la teología del siglo XVI, y no toma en consideración el simple hecho de que no podemos evaluar a la filosofía hegeliana y su respuesta kierkegaardiana sin remontarnos hasta Lutero y Calvino.

Para tener una comprensión cabal de la función filosófica como tal, nos atreveríamos a afirmar que es imposible lograrla si no se reconoce como producto espontáneo, mejor dicho, discurso explicativo, de una teología, sea esta explícita o implícita. Del mismo modo que los orígenes de la filosofía griega "fue una especie de profecía, y seguía los modelos tradicionales de la poesía mántica y de la revelación", así podemos considerar la filosofía del siglo XIX como una especie de sacerdocio algo secularizado, en el cual las variaciones doctrinales de la heterodoxia señalaron los senderos futuros de la filosofía, que posteriormente desembocaría en un misticismo secular y popular.



Soren Kierkegaard.

No podemos considerar a Hegel y Kierkegkaard simplemente como dos pensadores antitéticos, el "filósofo" y el "caballero de la fe". Tenemos que considerarlos más bien como dos arquetipos contemporáneos de funciones absolutamente primordiales de la humana vivencia: el sacerdote, —principio regulador y por lo tanto conservador; y el profeta—, intérprete de la voluntad divina, principio activo y revolucionario. Llevada esta comparación a pleno siglo XIX, dentro del ambiente de proliferación estéril de los claustros universitarios, planteemosno otra contraposición: el profesor (pseudo-sacerdote) y el vivente (pseudo-profeta).

Ahora bien, podemos afirmar que ambas posiciones estén corrompidas por el pecado original del protestantismo, la mixtificación de dos dimensiones completamente diferentes, lo natural y lo sobrenatural. El Ockliamismo, distante resabio de la herejia pelagiana, fué la doctrina profesada por Lutero, que lo entronizó con poderes absolutos en el campo de la Reforma. La teología protestante murió de esta manera al nacer, ya que siempre, como bien nos dice R. Garrigou Lagrange, estarán obligados a "reducir el orden sobrenatural al orden moral, renovando la confusión pelagiana de lo natural y de lo sobrenatural, presentándolo en sentido inverso... Lutero, Baio y los jansenistas... exageraban la indigencia y exigencias de la naturaleza y hacían de la gracia una cosa debida a la naturaleza para el cumplimiento de deberes morales".

Hegel, en su "Filosofía de la Historia Universal", sintetiza lo que podíamos considerar la conclusión lógica y última de toda posición idealista frente al pensamiento, "Pero en lo tocante al verdadero ideal —a la idea de la razón misma— la filosofía debe llevarnos al conocimiento de que el mundo real es tal como debe ser y que la voluntad racional, el bien concreto, es de hecho lo más poderoso, el poder absoluto, realizándose. El verdadero bien, la divina razón universal, es también el poder de realizarse a sí mismo. Este bien, esta razón, en su representación más concreta, es Dios".

He aquí el resultado de la unión ilícita entre el realismo y la teosofía, entre Descartes y Boehme. He aquí el emblema triunfante de la interioridad protestante: "el mundo real es tal como debe ser"; "esta razón... es Dios". Postulados que parten con lógica estricta del exioma decididamente luterano y secular "lo finito es capaz de lo infinito", razón todo poderosa que abarca todo hasta la Divina Economía de la Trinidad "aquello por el cual la filosofía encuentra en la religión Cristiana la idea de la razón".

Como es de suponer en este esquema existe para el Cristiano nutrido en la lectura de la Biblia un sin par atrevimiento, un atrevimiento tal que resulta incomprensible el entusiasmo brindado a la obra de Hegel por el pastorado protestante de la Europa heterodoxa. Este entusiasmo solamente es explicable considerándolo como señal de la bancarrota espiritual y putrefacción del cuerpo religioso político de la Reforma. De otra manera cómo no habían de repudiar la posición hegeliana que radica en la presunción de tener a Dios prisionero en el concepto para poder manejarlo a su antojo, vana especie de hedonismo conceptual.

¿Y el Dios vivo del Viejo Testamento, el Dios de los Ejércitos, "EL QUE ES", dónde se oculta?

Esta es la disyuntiva a la cual se enfrentó Kierkegaard. En contra del Dios racional, estático, de los profesores de "imbecilidad desarrollada artísticamente por largo estudio" Kierkegaard, con visión profética, encuentra de nuevo al Dios terrible de las escrituras. El que hablo con Moisés, al que no se puede verle la cara y vivir. Se escandaliza en frente de un Dios que se descubre a la razón humana y un mundo en el cual de lo real es racional. Reniega de la sentencia Spinoziana "non ridere, non lugere, neque detestari, sed intellegere", reivindicando precisamente el valor único y personal de las emociones, el llanto hecho angustia y desesperación.

Kierkegaard, al igual que Nietsche profetiza la muerte de la Deidad, su fino instinto intuyendo el advenimiento de un nuevo siglo de hierro. La Cristiandad, la verdadera Cristiandad ya no existe. "Lutero", proclama Kierkegaard, "tenía noventa y cinco tesis; yo solamente una: el Cristianismo no existe; el Cristianismo juega al Cristianismo".

Ahora echará las bases para una filosofía profética.

No se puede ni se quiere negar la inmensa influencia que Hegel tuvo sobre nuestro pensador; existen múltiples puntos de contacto, a veces sorprendentes. El contraste es unidad, y unidad de contraste en Hegel y la dialéctica de equívocas, en Kierkegaard; su común creencia que la facultad de conocimiento puede ser mirado como una relación entre pensamiento y fe ambos son puntos de unión. Pero estas semejanzas no son más que semejanzas, el espíritu de ambas doctrinas siendo como son esencialmente irreconciliables. Más allá de la diferencia del "homo capax infinitum" luterano y el "homo incapax infinitum" calvinista señalado por Prywara como el punto de partida entre ambos pensamientos está la diferencia básica entre el sacerdote e ministro y el profeta, principios antitéticos entre sí. Como principio regulador el sacerdocio enaltece la razón, lo esquemático, universal, analitico y comprensible; como principio revolucionario el profeta acata a lo arbitrario, irracional y sintético. Kierkegaard se lanza con ardor profético en contra del "Cristianismo comprensible" del ministerio. Opina que el intelectualismo griego "era demasiado feliz, demasiado ingenuo, estético, irónico, bromista... demasiado pecador para llegar a comprender que alguien conociendo lo justo, pudiera hacer lo injusto". En contra de esta felicidad clásica, prefigura del omnisciente sistema hegeliano, Kierkegaard afirma la primacía de la fé, fé que "empieza donde termina el pensamiento". Precisamente es la "paradoja de la fé que hace al individuo como individuo superior a lo general... que el individuo, todo individuo, esté situado en una relación absoluta con lo Absoluto". Aquí, en pocas palabras, Kierkegaard niega definitivamente el sistema hegeliano, que da una sobrevalorización a estructuraciones racionales y lógicas infravalando al hombre como subsistencia concreta. Sistema en el cual todo lo racional es real, y la historia es un esfuerzo del Espíritu Santo para hacerse comprensible.

Como hemos dicho, el credo hegeliano se puede resumir en el devenir comprensible y racional de Dios en el mundo. Este "sentido histórico" cuando esté desarrollado, no puede menos que despreciar la revelación bíblica .Lo esencial, con sus petrificadas ideas-estatuas, no tolera, ni puede tolerar, la existencia y el movimiento libre; con Fausto exclama "hasta el Infierno tiene sus leyes particulares". Hegel nos dice, "es absolutamente indiferente que los invitados a la boda de Caná tengan más vino o menos.

De esta manera es pura casualidad que el brazo paralítico de cualquiera sea curado; millones de personas tienen brazos paralíticos y miembros rotos, sin que los cure nadie". Para Hegel Dios, como buen dialéctico hegeliano debería haberle explicado a los Judíos la inmortalidad del alma en vez de "enseñarles ir al sillico". En cuanto a los milagros, Anatema. "Infringen el esquema natural de los fenómenos y por esta razón representan una violación del espíritu".

Kierkegaard reacciona en contra de esta especulación esencialista en forma típicamente profética, abrazando la cruz contradictoria de la fe. "La fe es opuesta a la razón, la fe se encuentra después de la muerte"; "Fe significa perder la razón para conquistar a Dios". Siguiendo la máxima bíblica que los violentos conquistaron el reino de los cielos reconoce en la filosofía oficial una racionalización típicamente anticristiana. Afirma el que "milagro" implica que todo le es posible a Dios, y como adalid profético declara que "solamente la fe puede abrir el camino que lleva al árbol de la vida". Y para adquirir la fe se tiene que perder la razón.



Las Sagradas Escrituras tuvieron gr un influencia en Kierkegaard.

Comprobamos que el análisis racional no lleva a nada. Solamente las pasiones son verdaderas, ya que estan íntimamente ligadas al hecho primordial de la existencia individual. La comprensión intelectual capta solamente un aspecto, una sombra, de una realidad que tiene importancia para "mí" como subsistencia y totalidad. Como Kierkegaard lo explica refiriéndose al pecado, "si estudiado por la metafísica el estado afectivo se convierte en apatía e indiferencia dialéctica que considera el pecado como algo que no puede enfrentarse a la razón".

En contra de la razón razonable de la filosofía de cátedra, Kierkegaard se refugia en su filosofía "existencial" y se sitúa como discípulo de Job, a quien llamara su pensador privado, y de Abraham, el Padre de la fe. En Job doliente, sentado sobre el estiércol, aullando a Dios pidiéndole justicia; en Abraham impulsado por mandato Divino, ascendiendo el Monte Horab, partiendo la leña, sujetando Isaac, encendiendo la pira y levantando el cuchillo sacrifical; he aquí donde Kierkegaard encuentra la verdad. Como discípulo, se siente a los pies del patriarca Abrahám considerándole como "el más grande de todos" porque "espero lo imposible" ya que "fue grande por su persona quien se amó a sí mismo, y quien amó a otro fue grande dándose, pero fue el más grande de todos el que amó a Dios".

Aquí de nuevo nos encontramos frente a la base —de— construcción kierkegaardiana, esa creencia en un "poder salvaje y efervecente productor de todo", conciencia eterna del hombre, principio básico y vivificador del su pensamiento. De esta base parten todas las consecuencias ulteriores. Este es mi problema, tiene tremenda importancia para mí como individuo y espíritu, el problema de la salvación personal, el supremo imposible humano, el problema al cual Hegel no puede darnos la respuesta, respuesta que se ha de buscar por mediación de la "fe", que encierra en sí el absurdo de pensar que todo es posible para Dios, y la paradoja de que el individuo sea superior a lo general. El santo del verdadero Cristianismo es grande "por la energía cuya fuerza es debilidad, por el saber cuyo secreto es locura, por la esperanza cuya forma es demencia, por el amor que es odio a sí mismo". Kierkegaard, en su afán de huir de la aridez esencialista de las escuelas, se encuentra en el desierto abrazado al profetismo hebraico. "Los hombres se han tornados demasiado objetivos para obtener la felicidad eterna, porque la felicidad eterna consiste precisamente en un interés personal de infinita pasión" —infinita pasión de profeta. De las disputas de claustro— y los problemas estériles del siglo XIX retorna al problema original, básica y única en la historia de la humanidad, que fué planteada hace ya un tiempo en el Jardín del Paraíso.

Aquí encuentra la filosofía "existencial", término eminentemente kierkegaardiano. Filosofía en la cual "la verdad sólo existe para el individuo cuando el mismo lo produce actuando". Aquí no cabe una verdad muerta y disecada, como no caben los inmensos engranajes lógicos de antiquarios históricos; la verdad es de importancia para mí, necesita ser de vital importancia para mí para ser verdad. De otra manera desciende a ser simple hecho, algo que se sabe, y nada más. Es imprescindible que existe hilación vital entre el hecho y "yo", que este hecho sea de importancia esencial para mi vivencia. En otras palabras la verdad kierkegaardiana es eminentemente lo que Newman llamaba "assent", verdad subjetiva e unipersonal.

Este concretismo individualista de Kierkegaard colorea su "Weltanschaung" a tal punto que llegó a considerar la cultura como "el ciclo que recorría el individuo para alcanzar el conocimiento de sí mismo". Ya hemos dicho cómo se logra poseer este saber personalísimo, por medio de la fe.

La fe, según Kierkegaard, es un absurdo, pero es vivo, inmediato, mío, incomunicable, y sobre todo "siempre un ataque, una victoria: un creyente es un vencedor". Y vencedor precisamente en el plano del "ahora" existencial, donde no se puede referir a dioses-esencias sino solamente exclamar "est, est, non, non". Esa misma imperfectibilidad del conocimiento concreto le infunde vida y calor. En la inmediatez se percibe lo individual y concreto sin llegar a convertirlo en sombra, un aspecto débil, oscuro, como lo hace la razón discursiva. El discurrir en convertirse en tipo, petrificándose, muriéndose —y vida se necesita cuando se esta "solus cum Sole".

No se puede negar que la obra de Kierkegaard es deficiente en muchos aspectos y a menudo contradictorio —una breve lectura hace resaltar la verdad de esta apreciación. El no ha creado un sistema, ni lo intento. Lo que escribió no puede ser acogido con agrado por el protestantismo ni la ordodoxia. Sus obras están repletas de equívocos, cae muchas veces en lo vulgar y ridículo, hasta en lo pueril. Ha fabricado una buena hada protestante, panacea espiritual, "la repetición" que no deja de ser un ardid Fausto frustrado de siglo XIX para evocar un Mefistófeles. La crítica más negativa que se le puede formular es que llega a caer bastante a menudo en ese "esencialismo" tan odiado y vituperado por él mismo.

A pesar de todas estas consideraciones es innegable el gran valor de la obra Kierkegaardiana, valor que se aumenta con el correr de los años, valor que actualmente se esta concretando —equivocadamente— en el existencialismo contemporáneo. Sobre todo, Kierkegaard fué un vidente, un verdadero mago, en el cual la profecía negativa del siglo XIX tuvo uno de sus más grandes representantes. En un desierto espiritual, levantó su protesta en contra de una religión convertida en discurso. Como Balaam, profetizaba verdades sin saberlo.

Ahora es posible plantearnos una gran incógnita. ¿Es posible una filosofía profética, plenamente "viva"? ¿Puede existir, tiene derecho a la existencia, una filosofía desligada de las esencias-estatuas, librada del culto servil al hombre histórico, que destruye el "ratio emancipata a Deo" piedra de toque de toda filosofía idealista? Filosofía que tiene su fundamento y principio en el Dios de acción libérrima, al cual todo, absolutamente todo, le es posible. Aquí la exclamación de la Diedad EGO SUM QUI SUM de una simple indicación se convierte en grito.

Existe una tradición más que milenaria que respalda este intento remontándose hasta Heráclito y Pitágoras y resolviéndose en San Agustín quien presenta a los profetas como verdaderos filósofos y amantes de la verdad. Nuestra herencia agustiniana se encarga de enlazarnos con este pensamiento vivo y vigoroso. No dudamos que Erigena, Duns Escoto y Malebranch sean de esta estrirpe y, aunque parezca sorprendente, podemos dejar entrever ciertos resabios proféticos en humanistas cristianos como Erasmo, Javellus, y Branis. La mística nos ha brindado un aporte de inmenso valor desde el pseudo-Dionisio hasta el Maestro Eckhart y San Juan de la Cruz y no nos podemos olvidar de la poesía metafísica iluminista que culminó en William Blake.

Somos testigos de la invalidez del Dios Razón; nuestra época es eminentemente antisistemática, los engranajes colosos, el Leviatán de antaño, ha caído en desuso. Los sistemas monstruos simplemente han perdido su validez. Ya es tiempo de asentar las bases para una forma de pensamiento "vital" y derrumbar para siempre esa modalidad del pensamiento que puede producir un Dios de configuración geométrica de la V Meditación de Descartes, o un Dios capturable en conceptos a lo Hegel. Debe ser un pensamiento activo en el cual estará incorporado las fuentes de verdad espiritual, al cual el pensamiento metafísico no tiene derecho de desechar, son pena de caer de nuevo en el esencialismo. Debe ser un pensamiento íntegro, desligado de "el ideal helémico de un orden visible o inteligible" más bien apoyado en el argumento de Job "que apela a la abrumadora realidad del misterio de la trascendencia". Debemos, tenemos el imperativo, de liberar la filosofía de lo académico y pedante, de la mente confabulatoria profesoral, y encaminarlo hacia el Monte Sinaí, donde Elías escuchó los juicios del Señor.

Robert C. Smith es un joven cubano, de origen norteamericano, estudioso de filosofía. Sus estudios se orientan fundamentalmente hacia la Filosofía Medieval. Smith escribe en inglés y hoy presentamos un trabajo suyo, traducido por él mismo, sobre Kierkegaard el precursor de la filosofía existencial.